

LA CONQUISTA Y COLONIZACIÓN DE AMÉRICA EN CADALSO: ENTRE EL PATRIOTISMO Y LA ILUSTRACIÓN¹

*The conquest and colonisation of America in Cadalso: between
patriotism and enlightenment*

FRANCISCO CASTILLA URBANO

Universidad de Alcalá
Instituto Franklin de Estudios Norteamericanos

I. MANIFESTACIONES SOBRE LA CONQUISTA DEL NUEVO MUNDO.—II. EL PROBLEMA MORAL DE LA CONQUISTA.—III. LA CARA OCULTA DE LA ILUSTRACIÓN EUROPEA.—IV. ¿QUÉ QUERÍA HACER Y QUÉ HIZO CADALSO AL ESCRIBIR SOBRE CONQUISTA Y COLONIZACIÓN?—V. COMPLEJIDAD ARGUMENTATIVA Y VENTAJAS EXPOSITIVAS

RESUMEN

Este artículo analiza tres aspectos de la obra de José Cadalso: 1) sus manifestaciones sobre la conquista del Nuevo Mundo por parte de los españoles, que no siempre se muestran ideológicamente coincidentes; 2) su estudio de las relaciones entre la Europa de la Ilustración y América, que desvelan la cara oculta del colonialismo dieciochesco; 3) las intenciones objetivas y los motivos subjetivos que subyacen en sus textos a propósito de lo americano y que parecen mostrar un conflicto entre su patriotismo y los valores ilustrados con los que se identificaba. Al vincular entre sí estos tres temas se revelan no sólo la complejidad argumentativa y los intereses

(1) Este artículo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación «Discursos legitimadores de la conquista y la colonización de América al norte y al sur del continente» (Instituto Franklin-UAH 2011-007).

intelectuales del pensamiento de Cadalso sino también las ventajas expositivas de su «método epistolar», que permite dar aire de novedad a la reflexión.

Palabras clave: José Cadalso; conquista de América; colonialismo; Ilustración; método epistolar.

ABSTRACT

This article deals with three aspects of the work of José Cadalso: his statements on the conquest of the New World by the Spaniards, which do not always coincide ideologically; 2) the study of the relationship between the Europe of the Enlightenment and America, that reveal the hidden face of eighteenth-century colonialism; 3) the objective intentions and the subjective reasons that underlie his texts about the American and seem to show a conflict between his patriotism and the enlightened values with which he identified. By linking together these three themes not only the argumentative complexity and intellectual interests of Cadalso's thought are revealed but also the explanatory advantages of his «epistolary method», which gives reflection the appearance of novelty.

Key words: José Cadalso; American conquest; colonialism; Enlightenment; epistolary method.

I. MANIFESTACIONES SOBRE LA CONQUISTA DEL NUEVO MUNDO

Cadalso se había formado en el parisino Colegio de Luis el Grande, del que también fue alumno Voltaire y donde coincidió con el marqués de Sade (2); estudió durante casi dos años en Londres y sus alrededores, así como en el Real Seminario de Nobles de Madrid, uno de los centros de enseñanza más prestigiosos de la época en España. A esa formación cosmopolita que le convierte inicialmente en un extraño en su propia cultura (3), hay que añadirle un buen número de lecturas de autores franceses y británicos contemporáneos, que se manifiestan a través de sus escritos (4). Conscien-

(2) F. ALONSO, «Estudio», en J. CADALSO, *Anales de cinco días*, ed. F. Alonso, Comunidad de Madrid, Consejería de Cultura, 2001, p. 17.

(3) J. DE CADALSO, *Escritos autobiográficos y epistolario*, ed. N. Glendinning y N. Harrison, London, Tamesis Books Limited, 1979, «Memoria de los acontecimientos más particulares de mi vida», p. 7: «Al año tuve orden para volver a España, y entré en un país que era totalmente extraño para mí, aunque era mi patria. Lengua, costumbres, traje, todo era nuevo para un muchacho que había salido niño de España, y volvía a ella con todo el desenfreno de un francés, y toda la aspereza de un inglés».

(4) E. COTTON, «Cadalso and his foreign sources», *Bulletin of Spanish Studies*, VIII, 29 (1931), pp. 5-18; F. BERMÚDEZ-CAÑETE, «Cadalso en su contexto europeo», *Cuadernos Hispanoamericanos*, CXXX, 389, 1982, pp. 263-78; K. REDING, «A study of the influence of Oliver Goldsmith's *Citizen of the World* upon the *Cartas marruecas* of José Cadalso», *Hispanic Review*,

te tanto por esas lecturas ilustradas como por la educación recibida de los debates más importantes de su tiempo, no dejará de prestar atención a la polémica europea sobre la conquista española de América. En relación a la misma, Cadalso no rehúye el compromiso al expresar con detalle su opinión; ésta, no obstante, dista de ser unilateral y revela, como vamos a ver, no sólo sentimientos encontrados sino una compleja valoración. No en vano, como señala Nuño Núñez, el *alter ego* de Cadalso en las *Cartas marruecas* (5), «era asunto dignísimo de un fino discernimiento, juiciosa crítica y madura reflexión» (6).

Precisamente en esta última obra, donde más espacio dedica Cadalso a la realidad americana, se presenta el destino de aquel continente ligado a la historia de España:

«Supuesto que la conquista y dominio de aquel medio mundo tuvieron y aún tienen tanto influjo sobre las costumbres de los españoles, que son ahora el objeto de mi especulación, la lectura de esta historia particular es un suplemento necesario al de la historia general de España, y clave precisa para la inteligencia de varias alteraciones sucedidas en el estado político y moral de esta nación» (7).

Este planteamiento, la vinculación de lo español y lo americano, está muy arraigado en Cadalso, que lo repite en un tono satírico, poniéndolo en boca de un petimetre, por la misma época en la que debía estar redactando las *Cartas marruecas*, en el *Suplemento al papel intitulado Los eruditos a la violeta* (8).

2, 3 (1934), pp. 226-34; P. LABORDE, «Cadalso et Montesquieu», *Revue des Langues Romanes*, LXXI (1952), pp. 171-80; M. RAIMONDI CAPASSO, «Cadalso et Rousseau», *Acme: Annali della Facoltà di lettere e filosofia dell'Università degli studi di Milano*, 20 (1967), pp. 97-116, etc.

(5) M. FABRI, «Don José Cadalso relator de las “Cartas marruecas”», *Coloquio Internacional sobre José Cadalso. Bolonia, 26-29 de octubre de 1982*, Albano Terme, Piovani Editore, 1985, p. 130: «Ben-Beley, Gazel, Nuño son tres aspectos especulares de un mismo pensamiento, proyecciones heteronómicas de Cadalso con paridad de significado. Por consiguiente, para comprender plenamente la ideología y el sentir de Cadalso, es necesario unificar las tres imágenes que las *Cartas* ofrecen». Esta unificación no puede ignorar la primacía intelectual de Nuño sobre los otros dos protagonistas de las *Cartas*.

(6) J. DE CADALSO, *Cartas marruecas. Noches lúgubres*, ed. R. P. Sebold, Madrid, Cátedra, 2006⁶; *Cartas marruecas* (en lo sucesivo, CM) IX, p. 182.

(7) *Ibidem*, V, p. 167.

(8) J. VÁZQUEZ (seudónimo de J. CADALSO), *Suplemento al papel intitulado Los eruditos a la violeta*, reproducción de la edición de Madrid, Sancha, 1772, Sevilla, Ediciones Alfar, 1983, p. 70 (en lo sucesivo, *Suplemento*): «ni sé hasta dónde llega la memoria de la población de España, ni en qué tiempo ha sido conquistada, ni conquistadora, qué familias han reynado en estos Tronos, en cuántas coronas ha sido dividida, cuándo se reunieron, quién descubrió

Hay, pues, que tener en cuenta lo ocurrido en América para entender lo que le pasa a España. Tal vez por ello, Cadalso parece ensalzar más a un escritor que se ha ocupado de la historia de la conquista americana como Antonio de Solís, aunque no haya pasado de describir la campaña mexicana de Cortés, mientras que deja en un segundo plano a un historiador como Mariana, cuya *Historia General de España* ha gozado de un éxito inigualable durante siglos (9); de hecho, otorga superioridad al relato de Solís al concebirlo como un género de historia «cargado de reflexiones políticas y morales, en impresiones poco numerosas, meramente reservada *ad usum Principum*», mientras presenta a Garibay como un historiador para el pueblo y a Mariana como autor de una historia para el «uso de la gente mediana» (10). La consideración de la *Historia de la conquista de México* está, sin duda, guiada por razones de coincidencia estilística con el siglo XVIII (11), lo que explica el enorme éxito del que gozó entre los ilustrados españoles (12) y franceses; entre estos últimos hay que recordar desde Voltaire, que la leyó en el texto original, hasta De Brosses, D'Holbach, Turgot, Prévost, Raynal (13), Mon-

las Américas, quiénes las conquistaron, en qué Reynados se hizo la conquista, qué ventaja, ò perjuicios ha causado la agregación de tanto dominio à esta Península, qué influjo tuvo sobre las costumbres españolas la abundancia americana, qué uso podemos hacer de ellas, ni de nuestras posesiones en el mar del Asia».

(9) J. ÁLVAREZ JUNCO, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid. Taurus, 2001, p. 58: «Aquella precoz *Historia general de España* de Juan de Mariana sería un jalón decisivo en la construcción de la identidad que es objeto de este libro. Reeditada múltiples veces a lo largo de los siglos siguientes, y complementada con los correspondientes apéndices, la obra de Mariana se convertiría en la referencia fundamental para la historia patria durante doscientos cincuenta años. Pocos libros pueden aspirar a tanto».

(10) CM LIX, pp. 280-81.

(11) *Ibídem*, LXXVIII, p. 331: «Si [al escolástico] le dices las ventajas de la buena oración, su uso, sus reglas, los ejemplos de Solís, [Diego Hurtado de] Mendoza, Mariana u otros, se echará a reír y te volverá la espalda».

(12) De «la poética y casi lírica revocación de Antonio de Solís y Rivadeneyra» habla G. STIFFONI, «Historiografía y política en los historiadores de Indias de la primera mitad del siglo XVIII», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXIII (1984), pp. 133-156 (p. 141); también H.-J. LOPE, «Cadalso y Hernán Cortés», *Dieciocho*, 9 (1986), pp. 188-200, ha recordado (p. 190) que «pese a las obvias debilidades de esta obra [criticada por J.-F. MARMONTEL, *Les Incas ou la destruction de l'Empire du Pérou* (1777), por su defensa de los españoles], Jovellanos la recomienda»; R. P. SEBOLD, «“Mena y Garcilaso, nuestros amos”: Solís y Candamo, líricos neoclásicos», *Anejos de Dieciocho*, 1, 1997, pp. 155-171 (p. 156), ha señalado que los primeros hitos de la tendencia neoclásica «serán la publicación del tomo I del *Diccionario de Autoridades* y el tomo I del *Teatro crítico universal*, de Feijoo, ambos en 1726, y la aparición de la *Poética* de Luzán en 1737; obras en las que se ensalza como modelos a poetas clásicos como Garcilaso, fray Luis, los Argensolas y Solís, sí, he dicho Solís».

(13) M. DUCHET, *Antropología e historia en el siglo de las luces*, México, Siglo XXI editores, 1975, pp. 63-76 y 173. Prévost lo coloca «entre los mejores escritores de España» y se «queja de que la traducción resulte muy inferior al original».

tesquieu (14), etc. A pesar del atractivo de su estilo comparar la autoridad de la obra de Solís con las de Saavedra Fajardo, Cervantes, Mariana, Juan de Mena o el rey Alfonso el Sabio, demuestra un aprecio enorme por el primero (15).

¿Qué aporta América a la comprensión de España? Una parte del proceso de decadencia de ésta tal y como es narrado por Cadalso en las *Cartas marruecas* es producto de esa simbiosis. La conquista de América, aunque se inicia con las mejores perspectivas para los descubridores, hasta permitir a sus monarcas competir en grandeza con la Roma imperial (16), ofrece un balance negativo; sólo hace falta un poco de tiempo para que se muestre el lado más triste de su dominio: ni las riquezas ni los nuevos territorios evitan la ruina moral y material de los españoles. Ni siquiera los mismos americanos, que son presentados con sus atributos menos favorables, parecen escapar a la extraña paradoja de vivir en medio de enormes recursos y no sacar el mejor provecho de los mismos:

«¡Extraña suerte es la de la América! ¡Parece que está destinada a no producir jamás el menor beneficio a sus poseedores! Antes de la llegada de los europeos, sus habitantes comían carne humana, andaban desnudos, y los dueños de la mayor parte de la plata y oro del orbe no tenían la menor comodidad de la vida. Después de su conquista, sus nuevos dueños, los españoles, son los que menos aprovechan aquella abundancia» (17).

La consideración utilitaria, tan característica de los ilustrados, se impone sobre las consideraciones que hayan podido esgrimir otras épocas. El discurso cívico de la gloria y la fama se disuelve rápidamente entre la ruina económica. El mensaje evangelizador, que sirvió de soporte ideológico en los siglos anteriores e incluso dio para apuntalar alguna victoria en circunstancias di-

(14) MONTESQUIEU, *Del espíritu de las leyes*. Trad. de M. Blázquez y P. de Vega. Prólogo de E. Tierno Galván, Madrid, Tecnos, 1980; libro XV, cap. IV.

(15) Carta VIII, p. 179; en la carta LXVII, p. 303, de nuevo Mariana y Solís son equiparados, junto con otros autores, como en J. DE CADALSO, *Defensa de la nación española contra la carta persiana LXXVIII de Montesquieu*, ed. G. Mercadier. Université de Toulouse. France-Iberie Recherche, 1970, p. 30, nota 23.^a (en lo sucesivo, DNE); también en J. VÁZQUEZ (seudónimo de J. CADALSO), *Los eruditos a la violeta*, reproducción de la edición de Madrid, Sancha, 1772, con introducción de M. Á. Vázquez Medel, Madrid, Ediciones Alfár, 1982, p. 58, y en el *Suplemento*, p. 76. Sin embargo, en la carta XLIX, p. 263, Cadalso enumera una extensa lista de clásicos de los idiomas «castellano y latín» en la que no aparece ninguno de los dos historiadores.

(16) CM III, p. 159: los Reyes Católicos «se pudieron haber lisonjeado de dejar a sus sucesores un imperio mayor y más duradero que el de la Roma antigua (contando las Américas nuevamente descubiertas)».

(17) *Ibidem*, XLI, p. 248.

fíciles (18), tampoco se mantiene: Gazel, el protagonista moro de las *Cartas Marruecas*, se lo atribuye a «los españoles», pero no es asumido por Nuño, consciente de su inadecuación al tiempo en que vive (19). Aunque Cadalso, en el que tal vez sea el primero de sus escritos, se declare «católico» (20), no reniega de un uso instrumental de la creencia religiosa (21); tal vez por ello, no le resulta difícil excluir de la tutela espiritual la justificación del descubrimiento y la conquista de América (22). Sólo queda, pues, la rentabilidad, como argumento dieciochesco inevitable a propósito de las Indias (23). Desde la perspectiva estrictamente económica, la metrópoli no sólo no ha salido favorecida con las colonias (24), sino que sus tesoros han precipitado su rechazo por el resto de Europa (25) y su hundimiento (26). Desde el siglo XVII, un numeroso grupo de pensadores españoles como Álamos de Barrientos, González de Cellorigo, Saavedra Fajardo, Gracián, etc., habían defendido (y denunciado) esta tesis. Los ilustrados franceses la habían hecho suya en repetidas ocasiones y en la España del XVIII no dejó de manifestarse diversas

(18) Cortés, dirigido por la Providencia (Ibíd., IX, p. 183), vio «a sus soldados obrar portentos de un valor verdaderamente más que humano, porque sus ejércitos vieron o creyeron ver la misma aparición» [de Santiago] (Ibíd., LXXXVII, p. 351).

(19) Ibíd., IX, p. 181: «del lado de los españoles no se oye [para explicar la conquista de América] sino religión, heroísmo, vasallaje y otras voces dignas de respeto».

(20) DNE, p. 5. No hay que descartar una relajación de la fe católica con el paso del tiempo: véase N. GLENDINNING, «Ideas políticas y religiosas de Cadalso», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 389, 2 (1982), pp. 247-62.

(21) CM LXXXVII, p. 352: «En fin, ninguna nación guerrera puede tener la menor ventaja en una campaña, que no se la igualen los enemigos en la siguiente. Pero la creencia de que baja un campeón celeste a auxiliar a una tropa, la llena de un vigor inimitable».

(22) Una historia de estas características formaría un género «para el pueblo, en la que hubiese efectivamente caballos llenos de hombres y armas, dioses amigos y contrarios, y sucesos maravillosos» (CM LIX, p. 280); véase la irónica carta 38 a Tomás de Iriarte (febrero de 1774), en J. DE CADALSO, *Escritos autobiográficos y epistolario*, ed. cit., p. 78: «¿Por qué tengo yo que poner en tela de juicio lo que otros bien podían juzgar por sí mismos, sobre la cuestión de la justicia y adecuación de la plumbaria bula que el Papa Alejandro VI otorgó, confiando a Fernando V e Isabel, llamados católicos por su religiosidad ejemplar, la tarea de someter a estos indios al imperio hispánico, forzándolos a convertirse a la fe de Cristo? Nosotros, como nuestros antepasados, procuramos proceder conforme a nuestros principios, no sólo en cuanto a las palabras sino también en las obras hechas en la guerra de las Indias, actuando como convenía a tan católicos monarcas».

(23) CM LXXIV, p. 320.

(24) Ibíd., XLIV, p. 253.

(25) DNE, pp. 8-9: «Los tesoros, victorias y otras ventajas que nacieron de tanta felicidad la hicieron temer y, de allí a poco, aborrecer de toda Europa».

(26) CM III, p. 160: no es solo que Felipe II «Murió dejando su pueblo extenuado con las guerras, afeminado con el oro y plata de América, disminuido con la población de un mundo nuevo», sino que «los muchos caudales adquiridos rápidamente en las Indias distraen a muchos de cultivar las artes mecánicas en la península y de aumentar su población».

veces (27). Haciéndose eco de ella Cadalso se muestra como un hombre de su tiempo: el Nuevo Mundo hace decaer la población española (28) y, a falta de fábricas propias, un consumo exagerado de productos foráneos obliga a distribuir el oro y la plata americanos por Europa (29).

En ese contexto, de nada sirve la aptitud para la guerra mostrada por los españoles. Todas las riquezas ganadas se han perdido en lo que reclama la guerra misma, sin alcanzar a poseer lo que hace dichosos a los hombres y verdaderamente poderosas a las naciones:

«Grandes armadas, numerosos ejércitos, sumas considerables, con poco o ningún fruto y con mucho menoscabo de la población, la dejaron en breve exhausta de todos aquellos artículos que constituyen la verdadera felicidad de una nación. Todos los españoles eran soldados, y excelentes soldados. Pero un pueblo compuesto de guerreros jamás será feliz, pues le faltan labradores, comerciantes, sabios y otras clases que suavizan al género humano y le hacen hallar su verdadero bien en la sociedad humana y comercio» (30).

Cadalso no sólo se salta su manifiesta determinación de mantenerse al margen de enjuiciar la utilidad de la conquista española de América (31), sino que adopta la opción de su siglo sobre sus consecuencias: la posterior extracción de minerales no implica tanto beneficio como se le atribuye; por elevado que sea el precio del metal, conseguirlo supone un enorme trabajo (32) y nunca tiene el valor económico ni social de lo que produce la agricultura o lo que es fabricado o construido. Así se lo hace decir a Gazel: la posesión de unos pequeños territorios peninsulares en los que, de manera

(27) R. EZQUERRA, «La crítica española de la situación de América en el siglo XVIII», *Revista de Indias*, 22 (1962), pp. 159-287 (p. 278); M. ARTOLA, «América en el pensamiento español del siglo XVIII», *Revista de Indias*, 29 (1969), pp. 51-77 (p. 67); J. YAGÜE BOSCH, «Aspectos de la visión de América en los ilustrados», *Cauce*, 14-15 (1992), pp. 639-668 (pp. 647-51).

(28) Ya se ve que la preocupación por el incremento de la población y, a la contra, por la «continua extracción de hombres para las Américas» (XXXIV, p. 232), es una constante del pensamiento de Cadalso.

(29) *Ibidem*, XLI, pp. 247-48.

(30) DNE, p. 9. La actitud ante la guerra de Cadalso también esconde cierta complejidad; véase F. CASTILLA URBANO, «Guerra y patriotismo en el ilustrado José Cadalso», en J. R. Cirici Narváez y A. Ramos Santana (coords.), *La furia de Marte. Ideología, pensamiento y representación*. XIV Encuentro de la Ilustración al Romanticismo. España, Europa y América (1750-1850). Universidad de Cádiz, 2012, pp. 211-227.

(31) CM V, p. 167: «No entraré en la cuestión tan vulgar de saber si estas nuevas adquisiciones han sido útiles, inútiles o perjudiciales a España. No hay evento alguno en las cosas humanas que no pueda convertirse en daño o en provecho, según lo maneje la prudencia».

(32) DNE, p. 20: «No sabe Montesquieu el trabajo que se necesita para traer algún dinero de Indias. El que trabaja en las minas, el que purifica el metal, el que lo acuña, el que lo comercia, el que lo trae a España, todos trabajan acerbamente».

similar a otros de Europa, se fomentan la industria y las manufacturas, es más rentable que el mantenimiento de unos dominios que en su estado actual suponen una carga para la monarquía española (33).

II. EL PROBLEMA MORAL DE LA CONQUISTA

Los resultados materiales del descubrimiento y la conquista de América no son satisfactorios para España. Mucho menos lo es la polémica sobre la consideración moral de esos hechos. Las críticas por la crueldad e injusticia que guiaron la adquisición de aquellos territorios y el sometimiento de sus habitantes han crecido hasta formar parte importante de la Leyenda Negra; su presencia más o menos acentuada en los escritos de Montesquieu (34), Rousseau (35), Voltaire (36), etc., va a provocar un sentimiento ambivalente en Cadalso: por una parte, es consciente de los excesos cometidos, mientras que, por otra, se siente obligado a rechazar unas críticas que también le parecen desproporcionadas. Son estas últimas las que le llevan a centrar su atención en Hernán Cortés (37).

(33) CM XLV, p. 256: «Por un par de provincias semejantes pudiera el rey de los cristianos trocar sus dos Américas. Más provecho redunda a su corona de la industria de estos pueblos que de la pobreza de tantos millones de indios. Si yo fuera señor de toda España y me precisaran a escoger los diferentes pueblos de ella por criados míos, haría a los catalanes mis mayordomos»; véase, no obstante, *ibidem*, IV, p. 165: «¿Hablas de manufacturas? ¿Qué se han hecho las antiguas de Córdoba, Segovia y otras? Fueron famosas en el mundo, y ahora las que las han reemplazado están muy lejos de igualarlas en fama y mérito: se hallan muy en sus principios respecto a las de Francia e Inglaterra».

(34) MONTESQUIEU, *Cartas persas*. Trad. de J. Marchena. Estudio preliminar de J. M. Colomer, Madrid, Tecnos, 1986 (1721); además de la carta LXXVIII (que provocará la indignada réplica de Cadalso), la CXXI (despoblación propia y de América; error de la expulsión de los moriscos; colonialismo cruel y ruinoso); MONTESQUIEU, *Del espíritu de las leyes*, ed. cit., libro IV, cap. VI (devastaciones de los españoles en América); VIII, XVIII (la monarquía española destruyó a los indios, quiso implantar el despotismo en los Países Bajos y se arruina en Italia); X, IV (los españoles transmitieron la superstición en vez de la religión y exterminaron a los indios); XV, IV (los destructores de América querían ser cristianos); etc.

(35) J.J. ROUSSEAU, *Del Contrato social. Discursos*. Ed. De M. Armiño, Madrid, Alianza Ed., 2003; *Del contrato social*, libro I, cap. IX (usurpación punible de la corona de Castilla).

(36) VOLTAIRE, *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations*, Paris, Treuttel et Würtz, 1835, caps. CXLV-CXLVIII; accesible (9. V.2013) en (<http://books.google.fr/books?id=JTUHAAAAQAAJ&printsec=frontcover&hl=fr#v=onepage&q&f=false>). Voltaire, por lo demás, admira a Cortés y Pizarro por la grandeza de su gesta [véase M.^a José Villaverde, «Civilizados y salvajes: los amerindios vistos por los ilustrados franceses» en F. Castilla Urbano (editor), *Discursos legitimadores de la conquista y la colonización de América*. Universidad de Alcalá, 2014, pp. 149-75].

(37) Todo lo que sigue relativo a Cortés en CM IX, pp. 182-88.

En su defensa, que bien puede considerarse apologética, Cadalso sitúa al extremeño recorriendo una tierra desconocida, con un reducido número de seguidores y obligado a confiar sólo en sus propios recursos; se enfrenta en precarias condiciones a ejércitos mucho más numerosos, que no sólo conocen el territorio mejor que los españoles, sino que además lo dominan militarmente. El avance, la atracción y suma de aliados, los múltiples combates y el triunfo final de Cortés llevan a Cadalso a presentarle como un vencedor que supera con éxito cualquier dificultad; incluso utiliza el recurso legitimador de señalar que es capaz de poner fin a los sacrificios humanos realizados por los indios, una práctica que contradice abiertamente la imagen condescendiente que algunos ilustrados se hacen de los indígenas. El retrato cadalsiano de Cortés no elude algunas de sus acciones menos disculpables, desde su hábil desvinculación del gobernador Velázquez hasta su severidad con los españoles que se resisten a su caudillismo, desde su permanente doble juego con los indios hasta su calculado tira y afloja con la Corona española; pero Cadalso las explica siempre bajo el sesgo más favorable para el conquistador, a la vez que no deja de silenciar otras muchas (las irregularidades de su salida de Cuba, la desobediencia de las órdenes recibidas, la desafección al llegar a tierra firme, su crueldad con los indígenas, etc.) de difícil o imposible disculpa (38). Lo importante, no obstante, es que se ha querido ver en esta reivindicación una justificación de la conquista de América, cuando en realidad lo que Cadalso resalta de Cortés es la consecución de la gloria que corresponde a un héroe cívico; de ahí las cualidades que le atribuye en su relato: sometido a la disciplina militar, valiente, afortunado en sus acciones, estadista ejemplar, incapaz de mentir en lo que afecta a su religión, sagaz y determinado (39). La misma mirada elogiosa puede extenderse, en alguna ocasión, a los soldados españoles (40), pero no alcanza en ningún caso a justificar la conquista americana (41).

(38) En algún momento, parece conceder que la crueldad es cosa de los hombres de Cortés, pero no de su caudillo: «Estos españoles hicieron en estas conquistas las mismas hazañas que los soldados de Cortés, sin cometer las crueldades que aquéllos ejecutaron» (CM XXXVI, p. 240).

(39) R. FROLDI, «La conquista dell' America e Cadalso», Edición digital a partir de separata de *Studi di Iberistica in memoria di Alberto Boscoso*. Roma. Bulzoni, 1989, pp. 113-27; <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/23586286543403851965679/index.htm> (consulta 10.12.2008); p. 123: «Hernán Cortés ci appare dunque come un *virtuoso* nel senso quasi rinascimentale e machiavellico del termine, un uomo che nell'ambito della realtà dei contemporanei si staccò da essi perché ad essi superiore».

(40) CM XLIV, p. 254: «¿quién no se envanece si se habla del siglo anterior, en que todo español era un soldado respetable? Del siglo en que nuestras armas conquistaban las dos Américas y las islas de Asia».

(41) H.-J. LOPE, «Cadalso y Hernán Cortés», art. cit., pp. 191-92: «Al buscar la lógica de los comentarios tan contradictorios que las *Cartas marruecas* ofrecen sobre Cortés y la

Cadalso exculpa a Cortés de cuantas acciones crueles o manipuladoras hubiera podido cometer porque lo incluye en ese grupo de hombres que sirven a la república desde la milicia, la jurisprudencia, el gobierno o las ciencias. Resucita el viejo ideal de las armas y las letras (42) con el vigor de siglos pasados para expresar su esencia: quienes se entregan a esas profesiones sacrifican la propia vida, su bienestar particular y su misma hacienda «para emprender cosas grandes, y para conservar los estados» (43). Sin duda, Cadalso pensaba en Cortés cuando englobó todo ello bajo el rótulo del patriotismo:

«El noble entusiasmo del patriotismo es el que ha guardado los estados, detenido las invasiones, asegurado las vidas, y producido aquellos hombres que son el verdadero honor del género humano. De él han dimanado las acciones heroicas imposibles de entenderse por quien no esté poseído del mismo ardor, y fáciles de imitar por quien se halla dominado por él» (44).

Aun sin caer en los excesos de las naciones antiguas, que convertían a los grandes hombres en objeto de adoración, los patriotas modernos deberían gozar del reconocimiento de su país. Situar sus «estatuas, monumentos y columnas... en los parajes más públicos de la villa capital con un corto elogio de cada uno, citando la historia de sus hazañas», podría ser una buena manera de ensalzarlos y crear, a la vez, motivos para su emulación. Cadalso no alberga duda de que, entre los varones más sobresalientes de la historia de España debería estar «Hernán Cortés, héroe mayor que los de la fábula» (45).

conquista mejicana, se llega a sospechar que a Nuño le importa menos el aclarar un capítulo problemático del pasado español que el recalcar las energías extraordinarias que hacen del conquistador la personificación de una vida activa que no deja de recordar los ideales del estoicismo e incluso la filosofía de Maquiavelo, en la cual la *virtus* individual se opone a la ciega *fortuna*, es decir al azar histórico».

(42) CM LXXX, p. 338: «en nuestro siglo todo el que no lleva librea se llama don Fulano; cosa que no consiguieron *in illo tempore* ni Hernán Cortés, ni Sancho Dávila, ni Antonio de Leiva, ni Simón Abril, ni Luis Vives, ni Francisco Sánchez, ni los otros varones insignes en armas y letras».

(43) *Ibíd.*, LXX, p. 316; J. YAGÜE BOSCH, «Defensa de España y conquista de América en el siglo XVIII: Cadalso y Forner», *Dieciocho*, 28, I (2005), pp. 121-140 (p. 126): «Cadalso no soslaya el «cuadro horroroso», pero lo somete a la habitual purificación justificadora, para presentarlo ante el lector con toda la resonancia heroica posible».

(44) *Ibíd.*, LXXI, p. 317.

(45) *Ibíd.*, XVI, p. 202; véase LXXXVII, p. 351. Cortés vuelve a ser ensalzado como un héroe semejante a Alejandro o Aquiles, en *Los eruditos a la violeta*, ed. cit., p. 59, y se le dedican hasta tres epitafios imaginados «para los monumentos de los principales héroes espa-

Un patriotismo que para Cadalso es sinónimo de servicio a la sociedad, salva la figura de Cortés. Pero, la conquista de América, considerada como un hecho global o vista desde las actividades de otros conquistadores, no va a recibir una valoración tan favorable. Todo lo contrario. Si las acciones de Hernán Cortés en México son hazañas propias de un hombre excepcional, los comentarios sobre Pizarro no sólo pasan casi desapercibidos por su escasa amplitud, sino que muestran claramente que se trata de dos casos diferentes: «En el Perú anduvieron [los españoles] menos humanos... Sí, amigo, lo confieso de buena fe, mataron muchos hombres a sangre fría» (46).

Aunque defienda la conquista en la temprana y no editada *Defensa de la nación española contra la carta persiana LXXVIII de Montesquieu* (47), Cadalso parece desentenderse muy pronto de ese compromiso. La parte de este escrito que publica en el *Suplemento a Los eruditos a la violeta* hace desaparecer esa reivindicación y, en su lugar, enumera una serie de militares y conquistadores entre los que sólo Cortés y Alvarado guardan relación con América (48). Esto no debe sorprender: la opinión de Cadalso sobre la conquista y especialmente sobre lo ocurrido en Perú, se aproxima más a su crítica que a los elogios de Cortés. Así lo expresan, además de los comentarios que venimos citando, su correspondencia. Este último dato no debe despreciarse, puesto que en ella se manifiesta con libertad, dirigiéndose a sus amigos y sin preocuparse de que pueda ser leído por censores o críticos. Es el caso de la carta que remite a Tomás de Iriarte desde Salamanca, donde se indigna contra la pretensión del claustro universitario de desentenderse de opinar sobre la conquista: «Desde que tuve uso de razón (digo *rationis ratiocinantis*), me ha llenado de espanto la posesión de las Américas y destrucción de unos catorce millones de almas hecha por unos cuantos extremeños» (49). Es el mismo mensaje que repite en otra carta de noviembre de 1774, dirigida

ñosles» [R. Foulché-Delbosc, ed., «Obras inéditas de Don José Cadalso», *Revue Hispanique*, I (1894), pp. 258-335 (pp. 284 y 291)].

(46) *Ibidem*, IX, p. 187. De hecho, Pizarro también recibe su epitafio elogioso, pero señalando su «crueldad [que] claman tanto los extraños» (R. Foulché-Delbosc, ed., «Obras inéditas de Don José Cadalso», art. cit., p. 285).

(47) DNE, p. 21: «conquistar un medio mundo con un puñado de aventureros [es] hazaña gloriosísima por más que la quieran eclipsar la preocupación, envidia e ignorancia de los extranjeros empeñados en pintarla como una serie de inhumanidades».

(48) *Suplemento*, p. 76.

(49) *Escritos autobiográficos y epistolario*, ed. cit., carta de febrero de 1774, p. 79. Una idea de la distancia entre la obra pública y la carta privada puede advertirse en este comentario de CM XXVI, p. 217: «Extremadura produjo los conquistadores del Nuevo Mundo, y ha continuado siendo madre de insignes guerreros».

también a Tomás de Iriarte (50). Incluso sitúa bajo sospecha el origen de la riqueza acumulada por los indios cuando alude al «caballero que acaba de llegar de Indias con un caudal considerable (...) que fue a adquirir *por varios modos* a muchos millares de leguas» (51).

Atendiendo a estos comentarios hay razones más que sobradas para considerar que la opinión de Cadalso está muy lejos de la versión dulcificada de la conquista a la que alude Gazel al principio de la carta V:

«He leído la toma de Méjico por los españoles, y un extracto de los historiadores que han escrito la conquista de esta nación en aquella remota parte del mundo que se llama América; y te aseguro que todo parece haberse ejecutado por arte mágica: descubrimiento, conquista, posesión y dominio son otras tantas maravillas» (52).

III. LA CARA OCULTA DE LA ILUSTRACIÓN EUROPEA

La valoración que Cadalso hace de la conquista española del Nuevo Mundo no puede ser favorable. Ni por la ausencia de moralidad que revelan los hechos ni por los resultados obtenidos cabe estar orgulloso de lo ocurrido en aquellas tierras. Sin embargo, este rechazo generalizado de la acción española en Indias, no va a impedir al gaditano rebelarse contra los que reducen al protagonismo hispano los horrores de la conquista. A sus ojos, lo que han hecho los españoles forma parte de un proceso más amplio de expansión europea; un proceso que extiende el dominio de este continente más allá de América, hasta convertirlo en la «gran fábrica de la universal dominación» (53). Algo de ello deja entrever Tediato, el protagonista de las *Noches lúgubres*, cuando hace a Europa y no sólo España, moralmente culpable, tanto por ser la última beneficiaria del oro americano como por ejercer un poder que no admite réplica (54).

Así pues, la crítica ilustrada no debería ejercerse al margen de una mirada global en la que se desvelen no sólo los excesos hispanos, que Cadalso no niega, sino la totalidad de lo realizado por las distintas naciones europeas.

(50) *Ibíd.*, pp. 95-96: los habitantes de Extremadura son «famosos por haber aniquilado muchos millones de semejantes suyos en otra parte de tal globulillo llamada América».

(51) *CM XXIV*, p. 213. La cursiva es mía.

(52) *Ibíd.*, V, p. 167.

(53) *DNE*, p. 8.

(54) *Cartas marruecas. Noches lúgubres*, ed. cit., *Noches lúgubres*, p. 373: (aludiendo a un indiano) «Tampoco vendría yo de mi casa a su tumba por todo el oro que él trajo de la infeliz América a la tirana Europa».

Sin embargo, han sido tantas las críticas de lo hecho por los españoles, «no suenan sino codicia, tiranía, perfidia y otras no menos espantosas», que se siente legitimado para llamar la atención sobre esa cara del colonialismo dieciochesco tantas veces ignorada o silenciada:

«los pueblos que tanto vocean la crueldad de los españoles en América, son precisamente los mismos que van a las costas de África, compran animales racionales de ambos sexos a sus padres, hermanos, amigos o guerreros felices, sin más derecho que ser los compradores blancos y los comprados negros; los embarcan como brutos, los llevan millares de leguas desnudos, hambrientos y sedientos; los desembarcan en América; los venden en público mercado como jumentos, a más precio los mozos sanos y robustos, y a mucho más las infelices mujeres que se hallan con otro fruto de miseria dentro de sí mismas; toman el dinero; se lo llevan a sus humanísimos países, y con el producto de esta venta imprimen libros llenos de elegantes inventivas, retóricos insultos y elocuentes injurias contra Hernán Cortés por lo que hizo» (55).

Como se ha señalado (56), hay que poner esta crítica en relación con las circunstancias históricas del momento: una vez terminado el monopolio que ejercía la Compañía de Guinea establecida en Francia para la introducción de esclavos (*asiento de negros*) en las Indias, los británicos aprovechan el Tratado de Utrecht (1713) para apoderarse del mismo durante treinta años (57). Cadalso no sólo recalca la inmoralidad del negocio, ya de por sí escandalosa, sino que lo incluye dentro de una pretensión europea de búsqueda de provecho que no se detiene ante nada. Los españoles controlan la mayor parte de América, pero también franceses, ingleses, holandeses, rusos y cualesquier otros países europeos, si se lo podían permitir, materializaban su ansia de dominio sobre el resto del mundo. La plata que los españoles traían de Indias no sólo fluía hacia Europa para pagar sus necesidades y lujos; también les era arrebatada por piratas y corsarios (58), ensalzados como grandes hombres en sus países (59). Una feroz competencia entre europeos abría la puerta al expolio de otros territorios mediante los más variados procedimientos, desde

(55) CM, IX, p. 182.

(56) H.-J. LOPE, «“Pongamos la fecha desde hoy...”». Historia e historiografía en las “Cartas marruecas”, *Coloquio Internacional sobre José Cadalso. Bolonia, 26-29 de octubre de 1982*, ed. cit., p. 217.

(57) «*Tratado del asiento de negros concluido en Madrid el 26 de marzo de 1713 entre España e Inglaterra*», en A. del Cantillo, ed., *Tratados de paz y de comercio, desde el año 1700 hasta el día*, Madrid, Imprenta de Alegría y Charlain, 1853, p. 58. Accesible (3. III.2013) en http://books.google.es/books?id=ersCAAAAYAAJ&printsec=titlepage&source=gbs_summary_r&qcad=0#v=onepage&q&f=false.

(58) CM XLIV, p. 253.

(59) *Ibidem*, LVII, p. 275.

un Derecho natural y de gentes cuya «práctica ha hecho comunes los bienes de todos los hombres» (60), hasta la pura conquista y el comercio más indigno. Dirigir la censura sólo a lo hecho por los españoles y guardar silencio sobre lo propio parecía no sólo desproporcionado sino, sobre todo, injusto.

«Créeme, Gazel, créeme que si me diesen a escoger entre morir entre las ruinas de mi patria en medio de mis magistrados, parientes, amigos y conciudadanos, y ser llevado con mi padre, mujer e hijos millares de leguas metido en el entrepuentes de un navío, comiendo habas y bebiendo agua podrida, para ser vendido en América en mercado público, y ser después empleado en los trabajos más duros hasta morir, oyendo siempre los últimos ayes de tanto moribundo amigo, paisano o compañero de mis fatigas, no tardara en escoger la suerte de los primeros» (61).

Es evidente que con esta argumentación Cadalso quiere defender a su país, con lo que la disputa se sitúa en el terreno político y apologético que tanta y tan variada literatura estaba destinada a producir (62). Pero el gaditano también viene a llamar la atención sobre las contradicciones del cosmopolitismo ilustrado, especialmente cuando se trata de escribir la historia; la crítica de las Luces se ceba con los excesos de los españoles en el pasado e ignora el triste presente en el que están empeñados sus propios países:

«A lo que debes añadir que, habiendo cesado tantos años ha la mortandad de los indios, tal cual haya sido, y durando todavía con trazas de nunca cesar la venta de los negros, serán muy despreciables a los ojos de cualquier hombre imparcial, cuanto nos digan y repitan sobre este capítulo, en verso o en prosa, en estilo serio o jocosos, en obras voluminosas o en hojas sueltas, los continuos mercaderes de carne humana» (63).

La ausencia de imparcialidad al juzgar los hechos, de valoraciones similares para el presente propio y el pasado hispano, traslada el debate al terreno de las ideas y de la metodología historiográfica; este asunto no es del todo ajeno al anterior, pero tiene su dimensión propia. El planteamiento de partida es que la parcialidad que muestran los historiadores ilustrados amenaza con anular cualquier relato que pretenda dar cuenta de la historia universal. Los historiadores ingleses y franceses que quieren encarnar en sus ideales y discursos esos valores apenas son capaces de superar el localismo de los his-

(60) *Los eruditos a la violeta*, ed. cit., p. 37.

(61) CM IX, pp. 187-88.

(62) E. y E. GARCÍA CAMARERO, eds., *La polémica de la ciencia española*. Madrid. Alianza, 1970.

(63) CM IX, p. 188.

toriadoreos particulares; escriben historias que pretenden ser globales e ignoran por igual a los grandes hombres y los acontecimientos más importantes del resto de los países. Como dice Cadalso: «Creo que se quejarán de igual descuido las demás naciones, menos la del autor» (64). Cuando se trata de los españoles, las lagunas son todavía mayores (65). La consecuencia más directa de esta insuficiencia de la historiografía cosmopolita es la desconfianza en sus producciones:

«Dicen en Europa que la historia es el libro de los reyes. Si esto es así, y la historia se prosigue escribiendo como hasta ahora, creo firmemente que los reyes están destinados a leer muchas mentiras, a más de las que oyen. No dudo que una relación exacta de los hechos principales de los hombres, y una noticia de la formación, auge, decadencia y ruina de los estados, darían en breves hojas a un príncipe lecciones de lo que ha de hacer, sacadas de lo que otros han hecho. Pero ¿dónde se halla esta relación y esta noticia? No la hay» (66).

No la hay ni la puede haber porque los relatos históricos están plagados de intereses nacionales; intereses que impiden que se escriba con imparcialidad lo que ocurre en ese momento y que transmiten a las siguientes épocas versiones prejuiciadas de lo acontecido (67). Al denunciar esta deriva de las historias al uso, Cadalso no piensa, al menos en primera instancia, en el «subjetivismo de los que escriben la historia» (68), sino en la «razón de estado»; es decir, está advirtiendo, en el siglo cosmopolita por excelencia, sobre el nacionalismo que impide escribir un relato acorde con aquella ideología. De hecho, ante la pretensión de solucionar las dificultades de escribir una historia contemporánea recurriendo «a algún hombre lleno de crítica, imparcialidad y juicio», detalla con mayor detalle los obstáculos que la impiden: «¿Y dónde se imprimiría?... ¿Y quién la leería? ¿Y qué efectos produciría?»

(64) *Ibidem*, LVII, p. 276.

(65) *Ibidem*, XXIX, p. 226: Nuño se muestra siempre quejoso «de que los franceses no sean igualmente imparciales cuando hablan de los españoles» y ve esa misma imparcialidad, además de ligereza y superficialidad en lo escrito por quienes acompañaban a Felipe V en su venida a España (DNE, p. 11).

(66) *Ibidem*, LIX, p. 279.

(67) *Ibidem*: «Un hecho no se puede escribir sino en el tiempo en que sucede, o después de sucedido. En el tiempo del evento, ¿qué pluma se encargará de ello, sin que la detenga la razón de estado, o alguna preocupación? Después del caso, ¿sobre qué ha de trabajar el historiador que lo transmita a la posteridad, sino sobre lo que dejaron escrito las plumas que he referido?».

(68) H.-J. LOPE, «“Pongamos la fecha desde hoy...”». *Historia e historiografía en las “Cartas marruecas”*», art. cit., p. 219.

¿Y qué pago tendría el escritor?» (69). Todos estos elementos aparecen más vinculados a las circunstancias (objetivas) de origen del texto, posibles lectores, aceptación de lo escrito y recompensa del autor, que al problema de la subjetividad del escritor. Incluso se recurre a unos imaginarios lectores libres de prejuicios por su lejanía, su rousseauniana bondad natural (70) y su ausencia de interés propio en el relato, para que certifiquen mediante hipérbole la imposibilidad de abordar una narración libre de nacionalismo:

«era menester imprimirla junto al cabo de Hornos o al de Buena Esperanza, y leerla a los hotentotes o a los patagones, y aun así me temo que algunos sabios de los que habrá sin duda a su modo entre aquéllos que nosotros nos servimos llamar salvajes, dirían al oír tantos y tales sucesos al que los estuviera leyendo: «Calla, calla, no leas esas fábulas llenas de ridiculeces y barbaridades»; y los mozos proseguirían su danza, caza o pesca, sin creer que hubiese en el mundo conocido parte alguna donde pudiesen suceder tales cosas» (71).

Desde esta perspectiva cobra sentido la crítica cadalsiana a cuantos comentarios considere faltos de veracidad sobre su país, especialmente si pertenecen a un autor tan prestigioso como Montesquieu. En efecto, la familiaridad de Cadalso con los escritos del autor francés y la admiración por su figura y obra hizo que fuera mayor el dolor por la crítica de España en sus *Cartas persas*. De ahí sus respuestas, la exaltada pero expresa *Defensa de la nación española*, y la irónica y más elaborada incluida en el *Suplemento al papel intitulado Los eruditos a la violeta*. En ambas obras se critica la información transmitida por los viajeros, llena de errores e inexactitudes, y se censura a Montesquieu por haber hecho suyos los datos que pudieron llegarle sobre España y por haberlos transmitido sin ninguna comprobación en las *Cartas persas* (72).

El detalle de la refutación posterior de las afirmaciones del pensador francés no importa en este momento, pero sí lo que se desprende de ello: si hasta la obra de un pensador tan reputado como Montesquieu es fruto de intereses espurios o de la ignorancia, no digamos ya la de otros autores (73),

(69) CM LIX, p. 280.

(70) J. YAGÜE BOSCH, «Aspectos de la visión de América en los ilustrados», art. cit., p. 646.

(71) CM LIX, p. 280.

(72) *Suplemento*, pp. 72-73; DNE, pp. 10-14.

(73) En *Los eruditos a la violeta*, ed. cit., p. 59, Cadalso alude al «universal Compendiador, el Presidente D'Hainault [Ch. J. F. Hénault, autor del *Abrégé chronologique de l'histoire de France jusqu'à la mort de Louis XIV*, 1744], y sus imitadores, que han reducido los Anales de todos los pueblos del mundo a unos cortos compendios cronológicos», aunque

¿hay alguna solución a esta parcialidad de la historia? ¿Es posible una descripción objetiva de una nación o una historia universal en la que ningún país se sienta maltratado? Cadalso cree que sí y apuesta en un primer momento por una aproximación respetuosa (74) e imparcial (75). Con posterioridad, admite que estos valores pueden quedar integrados en una empresa colectiva que imite la colaboración científica que estaba teniendo lugar en su tiempo:

«¿No se juntaron los astrónomos de todos los países para observar el paso de Venus por el disco del sol? ¿No se comunican todas las academias de Europa sus observaciones astronómicas, sus experimentos físicos y sus adelantamientos en todas las ciencias? Pues señale cada nación cuatro o cinco de sus hombres los más ilustrados, menos preocupados, más activos y más laboriosos, trabajen éstos a los anales en lo respectivo a su patria, júntense después las obras que resulten del trabajo de los de cada nación, y de aquí se forma una verdadera historia universal, digna de todo aquel tal cual crédito que merecen las obras de los hombres» (76).

Tal vez de esta forma sería posible solucionar el apego a lo propio de un siglo que hace gala de su cosmopolitismo, del que Cadalso no reniega (77), pero que con frecuencia no es capaz de plasmarlo en sus valoraciones históricas. Pero, la crítica de Cadalso va más allá en su rebelión contra la auto-complacencia ilustrada; ésta alcanza también a su entusiasmo por el progreso: «Los europeos del siglo presente están insufribles con las alabanzas que amontonan sobre la era en que han nacido» (78). Este aplauso que se otorgan los propios ilustrados por «la excelencia de nuestro siglo, sobre todos los demás pasados, y futuros», tal vez sea muy diferente en el futuro (79). Ni en lo civil ni en lo moral se aprecian motivos para tanto. Sobre todo, en lo que respecta a este último aspecto, la comparación muestra la misma desdicha que en los siglos anteriores:

«Quien escriba sin lisonja la historia, dejará a la posteridad horrosas relaciones de príncipes dignísimos destronados, quebrantados tratados muy justos, vendidas muchas patrias dignísimas de amor, rotos los vínculos matri-

«bien es verdad que el tal Presidente dice muy seriamente, que el edificio del Escorial fue edificado por el dibujo de un Arquitecto Francés».

(74) DNE, p. 34.

(75) CM XIX, p. 226.

(76) *Ibídem*, LVII, p. 277.

(77) *Ibídem*, LXXX, p. 335: Nuño es «un verdadero cosmopolita, o sea ciudadano universal», que considera «todos mis hermanos los hombres» (*ibídem*, VIII, p. 180) y que «Todos mis conocidos son mis amigos» (*Ibídem*, XL, p. 244).

(78) *Ibídem*, IV, p. 161.

(79) *Los eruditos a la violeta*, ed. cit., p. 57.

moniales, atropellada la autoridad paterna, profanados juramentos solemnes, violado el derecho de hospitalidad, destruida la amistad y su nombre sagrado, entregados por traición ejércitos valerosos, y sobre las ruinas de tantas maldades levantarse un suntuoso templo al desorden general» (80).

IV. ¿QUÉ QUERÍA HACER Y QUÉ HIZO CADALSO AL ESCRIBIR SOBRE CONQUISTA Y COLONIZACIÓN?

Creo que ya estamos en condiciones de elaborar algunas conclusiones sobre lo que significa América en el pensamiento de Cadalso:

1. Cuando Cadalso afirma que hay que tener en cuenta lo ocurrido en América para entender lo que le pasa a España, está dando por supuesta, como es común en el pensamiento peninsular de la época (81), la dependencia colonial de la primera. No reconoce, por tanto, entidad propia a América, sino que la liga en todo momento a la metrópoli. De ahí que reduzca la cuestión americana al problema del provecho o perjuicio que España ha obtenido de su dominio.

2. Lo que le preocupa a Cadalso es que, una vez colonizados los pueblos indígenas, la empresa americana no ha tenido un desarrollo feliz para la Península: ni desde el punto de vista de lo que produce, ni por los gastos que provoca, ni por la reducción de la población que propicia, ni por los obstáculos que ha supuesto para la creación de una industria nacional, además de inducir a España a la dependencia de otros países.

3. No niega, por tanto, los excesos de la conquista, pero no hace de la culpabilidad moral el centro de su reflexión.

4. Entiende el proceso de la conquista americana inscrito dentro de un proceso más amplio de conquista y explotación por los europeos de la totalidad del mundo; esto no disculpa las crueldades cometidas por los españoles *en el pasado*, pero las inserta en un marco en el que no son los únicos que las llevan a efecto, ni los que tienen más que reprocharse *en el presente*.

5. El patriotismo no sólo le impide aceptar las denuncias europeas de la conquista española, sino que le lleva a buscar valores alternativos ante los críticos. Aquí se inscribe la reivindicación de Hernán Cortés como un héroe cívico, la denuncia del esclavismo de otros países, el cuestionamiento del cosmopolitismo y la ideología del progreso ilustrados y la sombra sobre la objetividad de las descripciones de las historias universales.

(80) CM IV, p. 162.

(81) R. EZQUERRA, «La crítica española de la situación de América en el siglo XVIII», art. cit., pp. 160 y 277.

6. Estas denuncias no se hacen en nombre de la tradición sino de los mismos valores de la Ilustración, buscando su cumplimiento real y no su uso manipulador (82).

Lo que habría que plantearse es cuál de estas razones constituye el eje en torno al cual se articula el pensamiento de Cadalso sobre la conquista y colonización de América. La mayor claridad e intensidad sobre este asunto se da en sus cartas privadas; el contraste con sus publicaciones nos pone en la pista de la preocupación por las consecuencias. ¿De qué tipo? Una primera respuesta es la de la censura. Según esto, Cadalso no querría exponer abiertamente en sus obras su opinión para evitar dificultades con su circulación (83) o en su carrera militar (84). Sin negar estas dificultades, no parece del todo adecuada esta explicación cuando vemos que son numerosas las incursiones que hace a propósito de los temas más variados para decir lo que piensa. Incluso el recurso a las cartas como forma de exposición y a personajes extranjeros como autores de las mismas (aunque sometidos a la «imparcialidad» de

(82) X. ANDREU MIRALLES, «¿“Razón crítica” vs. “sentimiento patriótico”?»: Cadalso y el carácter nacional», en M.ª E. Nicolás Marín y C. González Martínez, coords., *Ayeres en discusión: temas clave de Historia Contemporánea hoy*. Recurso electrónico, 2009; http://www.ahistcon.org/docs/murcia/contenido/pdf/08/xavier_andreu_miralles_taller08.pdf (consulta 20.XII.2012), p. 20, llega a la misma conclusión a partir de otras consideraciones: «En mi opinión, por tanto, las Cartas Marruecas intentan aplicar “críticamente” a Montesquieu a un caso concreto, el español, para analizar el proceso que explicaría la formación de su carácter y, a partir de ahí, las causas de su decadencia. Sin embargo, como hemos visto, lo hace utilizando también otros argumentos propios del mundo intelectual europeo de su tiempo (desde la recuperación del lenguaje del patriotismo cívico hasta la crítica a los efectos nocivos del lujo moderno). No son producto de un “sentimiento nacional” que habría nublado su entendimiento y le habría llevado a adoptar una actitud apologética hacia su patria».

(83) Además de CM LXXXIII, p. 346: «el español que publica sus obras hoy las escribe con increíble cuidado, y tiembla cuando llega el caso de imprimirlas»; véase N. GLENDINNING, *Vida y obra de Cadalso*, Madrid, Gredos, 1962, p. 11: «Dos problemas principales se plantean al que se propone estudiar la literatura española del siglo XVIII. El primero se refiere a los textos y es consecuencia de la censura existente en dicho período»; G. ZARAGOZA y R. GARCÍA CÁRCEL, «La polémica sobre la conquista de América. Algunos testimonios en el siglo XVIII», en A. Gil Novales, ed., *Homenaje a Noel Salomón. Ilustración española e independencia de América*, Barcelona, Universidad Autónoma, 1979, p. 376: «la acción inquisitorial se dejó sentir sobre la opinión de los ilustrados españoles sobre América. (...), este control de la opinión de los ilustrados se dirigió obsesivamente hacia la vigilancia de la historiografía. El peligro de la memoria histórica fue perfectamente detectado por la Inquisición y la represión ejercida en este ámbito así lo testimonia».

(84) Carta 69, a Tomás de Iriarte (febrero o marzo de 1777), en J. DE CADALSO, *Escritos autobiográficos y epistolario*, ed. cit., p. 121: las *Cartas marruecas* no se imprimen «porque la superioridad me ha encargado que sea militar *exclusive*»; carta 50, a Tomás de Iriarte (11 de noviembre de 1774), *ibidem*, p. 95: «dejé en Madrid mis libros, creyendo que habría mucho que hacer con motivo del nuevo ejercicio, y deseando evitar la nota de estudioso que se me ha echado en cara por los sabios de mi carrera, me hallo más solitario que en la Tebaída».

un español como Nuño Núñez), puede verse como el empeño por conseguir dosis mayores de libertad y perspectivas diversas y más amplias.

Tal vez, más que la prevención ante la censura, habría que pensar en la importancia que tiene para Cadalso la crítica foránea. Ante lo que considera excesos de ésta su respuesta sería el patriotismo; un patriotismo bien entendido (85), que tiene dos funciones en el gaditano: por una parte, la de defender a España de lo que percibe como ataques injustos de autores extranjeros; por otra, la de corregir determinadas tendencias de la nación que la han llevado por el camino de la decadencia.

Ninguno de estos fines pueden desarrollarse si se rompe de forma radical con la tradición. Por eso el pensamiento de Cadalso exhibe permanentemente ese apego a lo propio. Constituye la base para contestar cualquier acusación, sobre todo cuando éstas carecen —a su juicio— de rigor y fundamento; pero, a la vez, se cree que en esa tradición existen los elementos suficientes y, de hecho, se considera que se están obteniendo las fuerzas necesarias para superar la situación de estancamiento que padece el país. Por supuesto (segunda función del patriotismo), la tradición debe ser sometida a revisión, a crítica, para conciliarla con los objetivos que se pretenden alcanzar (86).

Así pues, una reacción patriótica pudo estar en la base de la escritura de Cadalso sobre la conquista y colonización de América. Pero este motivo subjetivo fue ampliamente superado por las intenciones objetivas que surgieron de su respuesta. Un patriotismo que no niega la necesidad de corregir lo que de inadecuado hay en el país puede salvar la figura de un conquistador como Cortés atribuyéndole los valores de un héroe cívico; pero no puede evitar sacar a la luz algunos excesos de la historia nacional, concediendo que entre ellos se cuentan las consecuencias de la conquista y colonización de América. A la vez, como se desechan las justificaciones que se identifican con ideologías del pasado (grandeza, evangelización, etc.), sólo queda la utilidad como instrumento de legitimación del dominio del Nuevo Mundo. Pero, esta valoración revela, una vez más, las raíces ilustradas de Cadalso: no sólo sitúa la relación con América en términos estrictamente coloniales, que es la visión típica de las Luces, sino

(85) CM XXI, p. 210: «el patriotismo mal entendido, en lugar de ser una virtud, viene a ser un defecto ridículo y muchas veces perjudicial a la misma patria».

(86) *Ibíd.*, XXXIV, p. 233: «Bien sé que para igualar nuestra patria con otras naciones, es preciso cortar muchos ramos podridos de este venerable tronco, ingerir otros nuevos y darle un fomento continuo; pero no por eso le hemos de aserrar por medio, ni cortarle las raíces, ni menos me harás creer que para darle su antiguo vigor es suficiente ponerle hojas postizas y frutos artificiales». Véase A. y M.^a del M. GARCÍA MARQUÉS, «Dimensiones historiográficas de las *Cartas Persas* de Montesquieu y las *Cartas Marruecas* de Cadalso», *Revista de la Facultad de Humanidades de Jaén*, 2, 2, 1993, pp. 21-47 (45).

que, al medir esa utilidad en términos de una rentabilidad escasa, la hace inaceptable desde esa misma ideología.

Aunque los motivos subjetivos que guían la escritura del gaditano estén dominados por su reacción a los ataques ilustrados contra la historia y la propia situación española, el resultado, las intenciones objetivas que resultan de su respuesta, no son ajenos a esa ideología. La consideración de la conquista y colonización de América por Cadalso revela no tanto el conflicto que tantas veces se ha querido ver en los escritos del gaditano entre «la postura de filósofo del Siglo de las Luces, u *hombre de bien*, y la de leal vasallo de la secular monarquía española» (87), sino la expresión de los valores ilustrados en su patriotismo. Un patriotismo cuyo conflicto se plasma al mostrar dos caras complementarias más que opuestas, pero ambas ilustradas: la de la defensa ante los ataques externos y la que promueve la corrección de los errores internos.

V. COMPLEJIDAD ARGUMENTATIVA Y VENTAJAS EXPOSITIVAS

Precisamente, porque no resulta fácil conciliar dos elementos que se dirigen en distinto sentido, las formas literarias utilizadas por Cadalso adquieren una importancia indiscutible. Se ha destacado con mucha frecuencia lo que hay de novedad y adaptación a la situación española de las *Cartas marruecas*, pero no hay que dejar de lado que casi todas sus obras se incluyen en el terreno de la sátira (88) o en el de una literatura que puede calificarse de dialógica (89). Satíricas son *Los estudiantes a la violeta* y su *Suplemen-*

(87) R. P. SEBOLD, «Introducción» a J. de Cadalso, *Cartas marruecas. Noches lúgubres*, ed. cit., p. 41; véase R. FROLDI, «La conquista dell'America e Cadalso», art. cit., p. 114: «Credo che l'apparente contraddizione che sembra emergere da una prima lettura dei suoi testi e che induce taluni critici a considerare Cadalso uno spirito illuminato e aperto ad ideali d'innovazione e progresso ed altri un nostalgico conservatore di ideali gloriosi che s'identificano con la vecchia Spagna nobile e guerriera, derivi dalla circostanza che troppo spesso si sono frettolosamente assunte come proposizioni cadalsiane talune affermazioni dell'autore messe in bocca di alcuni dei suoi personaggi».

(88) N. GLENDINNING, «Humor e ironía en Cadalso», *Coloquio Internacional sobre José Cadalso. Bolonia, 26-29 de Octubre de 1982*, ed. cit., p. 173: «No son todos sus escritos humorísticos, aunque creo que hay ironía en todos ellos».

(89) M. BAQUERO GOYANES, «Perspectivismo y crítica en Cadalso, Larra y Mesonero Romanos», Edición digital: Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2011 [edición original: *Perspectivismo y contraste (De Cadalso a Pérez de Ayala)*, Madrid, Gredos, 1963, pp. 11-41]; http://bib.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01482741656709725250035/p0000001.htm#I_0_, III (Consulta 8. III.2013): «El procedimiento epistolar permite la presentación alternada de varias voces, sus entrecruzamientos, sus choques y fusiones. Es un procedimiento al servicio muchas veces de temas apasionados, como ocurre en *La nouvelle Héloïse*, y, sobre todo, al servicio de temas polémicos. Es el caso de ciertas obras de crítica

to, *El buen militar a la violeta* y la atribuida *Calendario manual y guía de forasteros en Chipre*, así como los *Anales de cinco días* y muchas de sus poesías (90); el juego dialógico lo permiten sus obras dramáticas *Don Sancho García* y *Solaya o los circasianos*. Ambos, la sátira y lo dialógico, se encuentran en las *Cartas marruecas* y aparecen también en la *Defensa de la nación española* (91). Todo ello invita a relativizar identificaciones entre el autor y sus personajes y a penetrar en el juego de las diversas perspectivas de las que se sirve Cadalso (92), pero no puede convertirse en un detalle anecdótico. La presencia de lo figurado, de la enunciación de una cosa para decir otra, de diálogos y cartas que permiten afirmar y negar la misma idea sirviéndose de diferentes personas o utilizando a la misma persona en distintos tiempos (93); por no hablar de la oposición entre padres e hijos, ancianos y jóvenes, entre maestros y discípulos, entre extranjeros y nacionales, que forman la estructura sobre la que se asienta buena parte de la literatura cadalsiana (94). Cuando el efecto contrastante se presenta de forma tan repetida y es llevado a su máxima expresión en diversas obras no puede ser fruto del azar sino de una intención.

La intención se expresa desde el inicio de las *Cartas marruecas*, que es la obra donde esta cuestión se convierte en objeto de reflexión; en ella —se

social o patriótica del tipo de las *Cartas persas* y las *Marruecas*»; lo relaciona con Montesquieu, A. DOMÍNGUEZ, «Las *Lettres persanes* y las *Cartas marruecas*: la función de la perspectiva en la crítica social de dos novelas epistolares», en F. LAFARGA (Ed.), *Imágenes de Francia en las letras hispánicas*, Barcelona, PPU, 1989, pp. 47-55.

(90) CM, Protesta literaria del editor, pp. 361-62: «Satirilla mordaz y superficial [*Los eruditos a la violeta*], aunque sea contra nosotros mismos, suplemento o segunda parte de ella [*Suplemento al papel intitulado «Los eruditos a la violeta»*], versos amorosos [*Ocios de mi juventud*], y otras producciones de igual ligereza, pasen en buena hora de mano en mano, su estilo de boca en boca, y sus ideas de cabeza en cabeza; pasen, vuelvo a decir, una y mil veces en hora buena. Nos agrada nuestra figura vista en este espejo, aunque el cristal no sea lisonjero; nos gusta el ver nuestros retratos pasar a la posterioridad, aunque el pincel no nos adule»; véase N. GLENDINNING, *Vida y obra de Cadalso*, Madrid, Gredos, 1962, pp. 28-30.

(91) DNE, p. 5: «No me atrevía a determinarme si el mismo Señor Presidente [Montesquieu] no me alentara: seguiré su ejemplo, y puesto que él no se detuvo en este escrúpulo, pues empleó ya la sátira, ya la crítica, ya la ironía, ya la mofa, yo también tomaré la misma libertad sin detenerme».

(92) R. FROLDI, «La conquista dell' America e Cadalso», art. cit., p. 114.

(93) CM XXVIII, pp. 221-24 y LXXXIV, pp. 347-48.

(94) N. GLENDINNING, «Ideas políticas y religiosas de Cadalso», art. cit., pp. 247-62; p. 248, alude «a las formas literarias en que se expresó, disfrazándose con las máscaras de corresponsales moros y cristianos en las *Cartas marruecas*, identificándose con diversos personajes en dramas y diálogos, exagerando o caricaturizando su verdadera posición —incluso llevándose a veces la contraria— en obras satíricas como *Los eruditos a la violeta* y su *Suplemento*». Véase F. LÓPEZ, «Cadalso y la cuestión nacional», *Coloquio Internacional sobre José Cadalso*. *Bolonia, 26-29 de Octubre de 1982*, ed. cit., pp. 235-55.

nos dice— se trata de ejercer «las críticas de las naciones más cultas de Europa» mediante cartas

«que suponen escritas en este u aquel país por viajeros naturales de reinos no sólo distantes, sino opuestos en religión, clima y gobierno. El mayor suceso de esta especie de críticas debe atribuirse al método epistolar, que hace su lectura más cómoda, su distribución más fácil, y su estilo más ameno, como también a lo extraño del carácter de los supuestos autores: de cuyo conjunto resulta que, aunque en muchos casos no digan cosas nuevas, las profieren siempre con cierta novedad que gusta» (95).

La introducción a las *Cartas* sigue insistiendo en que esa novedad es mayor todavía en España, donde no hay tantos viajeros que permitan la atribución de la autoría. A esta razón añade Cadalso otra circunstancia que no sólo justifica en mayor medida el carácter epistolar de su obra, sino que lo hace en función de consideraciones que tienen que ver con la forma de ser de los españoles:

«Esta consideración me fue siempre sensible, porque, en vista de las costumbres que aún conservamos de nuestros antiguos, las que hemos contraído del trato de los extranjeros, y las que ni bien están admitidas ni desechadas, siempre me pareció que podría trabajarse sobre este asunto con suceso, introduciendo algún viajero venido de lejanas tierras, o de tierras muy diferentes de las nuestras en costumbres y usos» (96).

Así pues, la crítica de las naciones toma como centro de su atención las costumbres antiguas, nuevas y novedosas de los españoles. Su tratamiento formalmente innovador es el medio para que se reciba con agrado la meditación que introducen los textos. El afán de agradar y, cabría decir, de agradar deleitando, sin renunciar por ello a la crítica, es el que guía el estilo irónico o incluso satírico de la escritura de Cadalso. A estas razones previas al análisis, cabe añadir también otro motivo, esta vez a posteriori, para optar por ese método en la narración:

«cuando vi el ningún método que el mundo guarda en sus cosas, no me pareció digno de que estudiase mucho el de escribirlas. Así como vemos al mundo mezclar lo sagrado con lo profano, pasar de lo importante a lo frívolo, confundir lo malo y lo bueno, dejar un asunto para emprender otro, retroceder y adelantar a un tiempo, afanarse y descuidarse, mudar y afectar constancia, ser firme y aparentar ligereza, así también yo quiero escribir con igual desarreglo» (97).

(95) CM, Introducción, pp. 143-44.

(96) *Ibidem*, pp. 144-45.

(97) *Ibidem*, XXXIX, pp. 243-44.

Queda claro que el aparente abandono de un principio rector de la exposición no es fruto de la ausencia de recursos literarios por parte de Cadalso ni cabe atribuirlo a los años que duró la escritura de las *Cartas*; parece excesivo también considerarlo un error de cálculo, que se habría corregido si hubiera tenido tiempo de ver la reacción ante la publicación de las *Cartas Marruecas* (98). Ni siquiera creo que se acierte al suponer que su propósito está guiado por la incoherencia (99). La razón está en la propia realidad criticada: el aparente desorden en la escritura es reflejo del mundo, que carece de un orden.

El mismo Cadalso, adelantándose a las críticas que le pudieran sobrevenir, era consciente de la inexistencia de un orden cronológico que diese unidad estructural a las *Cartas*, y no dudó en hacer uso de la ficción para justificarlo. Atribuyó el manuscrito de éstas, en un juego que combina imitación y homenaje a Cervantes, con quien tanto concuerda (100), a la herencia de un amigo fallecido, por lo que pudo explicar que «No hay en el original serie alguna de fechas, y me pareció trabajo que dilataría mucho la publicación de esta obra el de coordinarlas» (101).

Queda, por último, señalar que si el carácter ameno y aparentemente desordenado de las *Cartas* puede convivir con la crítica es porque Cadalso se propone extraer de la superficie del lenguaje su estrato más profundo. Esto pasa por abandonar los usos impostados del idioma y recuperar el sentido original que tuvieron y que siglos de manipulación han venido a echar por tierra: «Mi ánimo es explicar lisa y llanamente el sentido primitivo, genuino y real de cada voz, y el abuso que de ella se ha hecho, o sea, su sentido abusivo en el trato civil» (102). Con ello, Cadalso muestra la cara más contemporánea de la sospecha: desvelar lo que hay oculto tras el uso, lingüístico

(98) A. y M.^a DEL M. GARCÍA MARQUÉS, «Dimensiones historiográficas de las *Cartas Persas* de Montesquieu y las *Cartas Marruecas* de Cadalso», art. cit., p. 27: «Podemos, pues, concluir que la lenta gestación de las *Cartas Marruecas* provocó una ausencia de trabazón interna y el desorden en el tratamiento de los temas. Además, al no publicarlas directamente el autor, no pudo haber lugar para retoques posteriores y estructuraciones». Véase la «Introducción» de R. P. Sebold a J. de Cadalso, *Cartas Marruecas. Noches lúgubres*, ed. cit., pp. 77-78.

(99) A. DÉROZIER, «Cadalso et ses “Lettres Marocains”: le sens d’un renoncement», en A. Dérozier, ed., *Histoire politique & Histoire des idées (XVIIIe – XIXe siècles)*. Paris. Annales Littéraires de l’Université de Besançon, 1976, pp. 121-36; p. 134: «Le lecteur qui achève l’examen des *Lettres persanes* est sensible à l’unité de l’oeuvre. Celui qui tourne la dernière page des *Lettres marocaines* n’est touché que par l’incohérence du propos. Oeuvre incomplète, inconcluante, elle est entachée d’inefficacité».

(100) A. RAMÍREZ-ARAUJO, «El cervantismo de Cadalso», *Romanic Review*, 43:4 (1952), pp. 256-65 (p. 265).

(101) CM, Introducción, p. 146.

(102) *Ibíd.*, VIII, p. 180.

y costumbrista, de las palabras. Pero este objetivo no viene a solucionar un problema de un solo país: «en todas las lenguas de Europa hace falta semejante diccionario» (103). Corrigiendo la corrupción de la lengua y la consiguiente de las costumbres, será posible desprenderse de esos vicios que Cadalso observa en su época y que permiten una «contraposición, falsa muchas veces», como la que afirma: «Estos españoles hicieron en estas conquistas las mismas hazañas que los soldados de Cortés, sin cometer las crueldades que aquéllos ejecutaron» (104).

(103) *Ibídem*, p. 181.

(104) *Ibídem*, XXXVI, p. 240.